



COLABORACIONES

A un amigo entrañable

En estas páginas del periódico de nuestra parroquia quiero recordar a u amigo que se nos fue, mejor dicho ¡Dios se lo llevó!

Conocí a Vicentillo y lo que más me impresionó de él fue su fe. Su corta vida la dedicó a amar a Dios con todo su corazón. Él estaba siempre en todas las celebraciones en primera fila, no se perdía detalle. El domingo que se celebró la festividad del Cristo de la misericordia me acordé mucho de él. Su sitio estaba vacío. También faltó en la procesión, acompañando al Cristo por las calles de nuestro pueblo.

Nos ha dado una gran lección de fe y de esperanza en Dios, al menos a mí. No tengo la menor duda de que estará gozando de la presencia de Dios desde el mismo momento en que dejó esta vida.

Dicen que el mundo es un pañuelo, y es verdad. La primera vez que verdaderamente me fijé en él fue Lourdes. Era una noche muy hermosa en que los dos nos encontrábamos delante de la Virgen. Estoy segura de que sus peticiones agradaron a la Madre más que las mías. Sólo tenía que ver su carita llena de felicidad y alegría. Así que, si me lo permiten, quiero escribirle una pequeña carta.

¡Hola Vicente! ¿Qué tal estás? Supongo que fenomenal. Hoy tengo necesidad de escribirte, a nadie he pedido tus señas, pero no es necesario, me las sé de memoria: Casa del Padre Celestial. El Cielo. No hay pérdida, y estoy segura de que esta sencilla carta no se perderá y llegará hasta ti.

El otro día, cuando te fuiste dirección al Cielo, todo el pueblo lloraba tu partida, ¡qué tontos!, no pensábamos que tú ibas a gozar de una vida plena, que ya estabas en presencia del Padre desde el mismo momento de tu partida. Dios te iba a examinar del amor, pero bien sabía Él que tú llevabas tus manos llenas, y estoy segura de que te diría «¡ven, bendito de mi Padre, porque lo que te encomendé lo has hecho con creces!»

Vicente, te voy a contar una anécdota: el día de tu partida una madre encontró a su hijo triste y serio, y le preguntó qué le ocurría, el porqué de esa cara, y le respondió: «porque se ha muerto el niño del pueblo». Y es que es así como te sentíamos todos, un poco nuestro. Sé positivamente que estos tres años que has pasado en el colegio de la Mercedarias has sido muy feliz. ¿Te acuerdas cuando tuviste el ordenador, qué contento estabas?

Cuántos dibujos hacías de Jesús y de María... tus compañeros inseparables que siempre llevabas en tu corazón. La cantidad de amigos que hiciste y lo bien que te recibieron.

Perdónales si en tus últimos momentos no han estado cerca de ti, presentes. Estoy segura de que te han querido y te querrán siempre.

Vicente, si me permites, quiero hacer un pequeño homenaje a tus queridos padres, que con tanto amor han cuidado de ti. No escatimaron esfuerzos, siempre complacientes a lo que tú pudieras necesitar. También a tus hermanos, sobre todo a tu querida hermana, que era tu sombra, siempre a tu lado, solícita, acompañándote a todas partes, siempre contigo. Cómo tiene que sentir tu ausencia, qué vacío más terrible sin ti. Y también, cómo no, a tu tía, juntos en todas las procesiones los tres. ¡Vicente, cuánto amor has recibido en tu corta vida!

Sin nada más, gracias por haberte conocido. Que goces de la paz y el amor de Dios.

Mercedes